

IRIS



NÚM. 163

BARCELONA, 21 JUNIO 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

UN HOGAR

Con alteración visible de una costumbre familiar, nadie habló aquella noche de sobremesa. El comer de vigilia mataba la común locuacidad. Ni Blanquita Reyes, ni su hermano Leopoldo, que solían ordinariamente llevar asuntos á la conversación, quebrantaron el silencio que sucedió á la comida. Blanquita, armada de un menudo palillo, exploraba entre sus dientes blancos y sus jugosas encías, poniendo en aquella higiénica operación estudiada minuciosidad; Leopoldo, menos cuidadoso de su dentadura, entregábase al masculino esparcimiento de amasar bolas con residuos de pan. D. Leandro Reyes,—el padre,—parecía amodorrarse en su lenta digestión de diséptico, al paso que D.^a Petra posaba los embebecidos ojos en el mantel, como si los dibujos de la tela la dejaran entrever el enigma de su vida futura.

En la placidez digestiva empezábanse las inteligencias, las lenguas enmudecían, y hasta los ojos propendían á humillarse, vagamente subordinados al sueño.

Un criado que traía en la mano los diarios de la noche, vino á romper aquella atmósfera de quietud.

D. Leandro fué el primero, antes por costumbre que por natural viveza, que pareció animarse.

—Pepe,—dijo al fámulo,—dame acá *La Correspondencia*.

Calóse el anciano los quevedos, se incorporó en la silla, y su mirada fué á parar sin ociosas dilaciones en la información de Bolsa. Enterado del precio á que se cotizara aquel día el Exterior, frunció el ceño, dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Las manos distraídas de D.^a Petra no tardaron en incautarse del ejemplar. Aunque metida



en años, estaba la señora libre de miopía. Buscó la sección de cultos, y su pensamiento de extraños fervores religiosos en la madurez, viajó de iglesia en iglesia, meditando los oficios divinos del día siguiente.

De nuevo cayó el periódico sobre la mesa, y esta vez le tocó á Leopoldo cogerlo. Un turno pacífico, estableciendo tácitamente aseguraba á toda la familia el manjar intelectual de la hoja volandera.

—En Apolo,—dijo el mozo entre dientes,—*La Chavala, La marcha de Cádiz, El Santo de la Isidra...*

Y decidió acudir á la última representación de la noche, por tratarse de un sainete que desconocía. Nada de la primera y segunda plana de *La Correspondencia* parecía interesar en aquella casa. Abandonaba ya Leopoldo el periódico, relegándolo á la infima condición de un residuo más de la comida, cuando lo tomó Blanquita. Como á la descuidada y sin afeanes curiosos, registró la primera y segunda plana del diario hasta encontrar los *Ecos del gran mundo*.

—Mamá,—exclamó apenas hubo leído unos cuantos renglones,—se casa Fernandita Luceño...

—¿Sí?—interpeló con viva curiosidad la anciana.—¿Y con quién?

—Hace mejor boda que su hermana. Con Jenaro Esponda. ¿No recuerdas de aquel mozo diplomático que nos fué presentado en casa de la Concha Cármenes? Pues, el mismo...

—¿Y es rico ese muchacho?—tornó á preguntar la dama.

—Dicen que no está mal. Por de pronto, tiene una carrera y de las más lucidas... Fernandita tiene una suerte loca desde el colegio...

—Y la merece, aunque no tanto como su pobre hermana,—replicó D.^a Petra con tierna benevolencia en la voz.

—A propósito, ahora que hablamos de Pilar, ¿sabes algo de ella?

—Mamá, tienes que perdonarme mi torpeza. Esta mañana recibí carta suya y nada te he dicho. Ahora verás...

Levantóse ágil y atravesó presurosa el pasillo, volviendo á poco de su alcoba con una carta de rasgado sobrescrito en la mano.

—En vez de darte pormenores de palabra, —añadió á tiempo que recobraba su asiento, —prefiero léértela. A menos de que tú no te opongas, papá... —Encaróse con el viejo y vió que dormía.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho reposaba D. Leandro, Leopoldo, colocado en la alternativa de escuchar confidencias que no le importaban ó padecer la charla insustancial de sus amigos, optó por lo último, y luego de encajullarse el gabán y el sombrero, se plantó en la calle. La madre y la hija, temerosas de interrumpir el reposo del anciano, recogieron en un rincón del comedor. Entró la servidumbre, levantó los manteles, acomodó la vajilla en su sitio, y el sosiego volvió á llenar la habitación. Blanca leía á media voz, una media voz que, á compás de los sentimientos que iba expresando, henchíase de íntima ternura. «Cada hora que transcorre, —decíale su amiga de la infancia, su casi hermana Pilar, —me trae un dolor nuevo. El tiempo no hace más

que transformar las penas, dándoles formas y colores imprevistos. No te ocultaré, porque mis disimulos no rezan contigo, que la cansa de todo ha sido y es mi casamiento. ¡Por que me casé! El egoísmo de mi marido se ha hecho más feroz después de sus victorias sobre mi credulidad. ¡Qué ser miserable es un hombre! No puedes imaginar lo que he sufrido y lo que sufro ahora en esta esclavitud sin amor. Yo creía en mi marido, tú lo sabes mejor que nadie, poniéndole sobre todas las cosas. Tú, que conoces lo que luché contra la ingratitud de mis padres, sabes también el arraigo que tenía mi esperanza matrimonial. Le amé porque me llenó; sin cálculo, buenamente, honradamente, como se quiere en la infancia: con afición tierna y efusiva. Ni la hostilidad de mis padres ni la pobreza de él, fueron obstáculo serio para que nos casásemos. Se lo sacrificué todo. Mi vida, mi dicha posible, mi tranquilidad, mi posición, todo. A papá le acarrecó la muerte mi desobediencia. Podrá eso no ser verdad, pero nadie me lo quita de la cabeza.

»Hasta la tía Germana, que me quería más que á todos sus hijos, me ha negado contestación á las cartas que la he escrito. ¡Todo sea por Dios! Empiezo á creer que la caridad escasea más de lo que yo suponía. Comprendo que ahora no me tengan cariño; pero me duele ver que me niegan consideración. ¡Se sufre tanto por orgullo! ¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez que debemos tener un segundo corazón, residencia del orgullo? Este hombre, te hablo de mi marido, está muy por bajo del más humilde obrero. Este hombre no es nadie. Privado de una carrera, lleno de pretensiones literarias sin fundamento, odia á los pobres porque huelen mal y á los ricos porque se acicalan. De trabajar que no hablen. El es muy independiente y no se ajusta á la subordinación. En el primer año de casados, hizo un tomo de versos que regaló. Luego no ha hecho nada más. Dice que el casamiento mata la inspiración, y me culpa de haberle robado la inmortalidad. Si me quieres bien no te rías de estas cosas. Son muy tristes y duelen mucho. Ahora estamos gastando los últimos ochavos que me dejó papá. Te advierto que cuando él murió, mi marido no se creyó en el caso de enlutarse. Juega y bebe sin freno. Han retoñado en él sus hábitos de bohemia descuidada, y no hay más remedio que resignarse. Os echo mucho de menos, sobre todo á ti, mi Blanquita, mi hermana entrañable de toda la vida. Ya se que tu hermano Leopoldo se ha licenciado en medicina. Felicítale en mi nombre. A tu mamá un millón de besos. Lo que quieras para tu padre. Escríbeme cartas largas. Tu hermana —Pilar.»

En un ángulo del comedor las dos mujeres lloraban en silencio. D. Leandro, retrepado en su sillón directorial, roncaba pacíficamente...

MANUEL BUENO



CONTEMPLACION

Ayuntamiento de Madrid

LA MUERTE DE UN GENIO

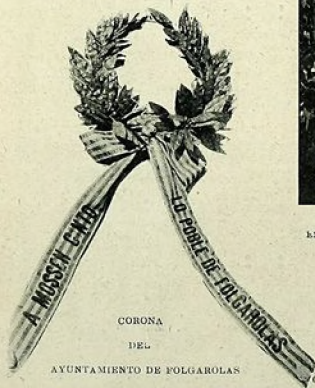


Después de una larga enfermedad, resultado inevitable de terribles sisoabores, amarguras y sufrimientos morales, y aun físicos, entregó su espíritu al anochecer del día 10 del actual el que fué excelso poeta y ejemplar sacerdote Mosén Jacinto Verdaguer.

Nació el primero de los poetas españoles, pasados y presentes, en el lugar de Folgarolas, cerca de Vich, el 17 de abril de 1845. Hijo de padres sumamente pobres, siguió la carrera eclesiástica en el Seminario de la 'mentada' ciudad, y como su familia no podía mantenerle, ganóse él la subsistencia sirviendo en una masía en calidad de maestro de primeras letras de los chicos del amo y de mozo de labranza en los ratos



ESPERANDO TURNO PARA VER Á MOSÉN JACINTO EN LA CASA CONSISTORIAL



libres, trasladándose diariamente desde la masía al Seminario, *pedibus andando*.

Arrastrado desde niño por una irresistible vocación poética obtuvo en 1861 en los *Juegos Florales* de Barcelona un premio extraordinario por una composición á la memoria de Rafael Casanova (*conceller en cap* de Barcelona que cayó gloriosamente herido en la brecha en el asalto dado por las tropas de Felipe V el año 1714) y un *accesit* por la poesía

titulada *Los minyons d' En Veciana*. Desgraciadamente para el joven escolar hubo de amargarle el dulzor de su triunfo el suspenso con que le distinguió su catedrático de Teología, en castigo á que el futuro autor de *La Atlántida* se permitiera escribir *versotes*.

Esto y las amonestaciones de sus maestros, le quitaron á Verdaguer las ganas de alcanzar más premios, y así transcurren algunos años hasta que en 1866 le vemos de nuevo obtener tres *acesits*, siguiendo un nuevo silencio de siete años, durante los cuales, ó sea en 1870, se ordenó de presbítero.

Libre ya de la férula de los doctores del Seminario concurrió de nuevo á los Jaegos Florales y en 1873 alcanzó varios premios. Quebrantada su salud por los estudios y por la vida llena de voluntarias, é involuntarias, mortificaciones que llevaba, obtuvo una plaza de capellán en la Compañía Trasatlántica dando cima en sus viajes á América á la *Atlántida*, empezada ya en los al-



EL DUELO



EL ELEMENTO OFICIAL

El entierro, verificado en la tarde del 13, resultó un acto sin precedentes en España y solo comparable á la apoteosis hecha en París á Víctor Hugo. Jamás, ni en sueños, podía nadie imaginarse que fuera lo que fué. Centenares de miles de personas, procedentes de todos puntos de Cataluña y de muchos de fuera de ella formaron séquito á los mortales despojos del poeta martir.

¡Descansen en paz el inmortal poeta! ¡Duerma el sueño de los justos la noble víctima de los que le crucificaron, y que tal vez fueron también detrás de su féretro derramando lágrimas de cocodrilo!

MIGUEL MAULFON

bores de su juventud y cuya publicación costó D. Antonio López, al cual la dedicó.

Este poema admirable por su inspiración y en el cual Verdaguer reveló toda la riqueza de la lengua catalana fué traducido en breve al castellano, al francés, al italiano, al inglés, al alemán y al provenzal.

Publicó además Mosen Jacinto: *Canigó*, poema superior tal vez á la misma *Atlántida*, basado en una leyenda del tiempo de la Reconquista; fué traducido luego al italiano, y recientemente ha hecho de él una excelente traducción castellana el conde de Cedillo; *Idilis y cants místics*, también vertido al castellano; *Cansons de Montserrat*; *Leyendas de Montserrat*, y otras.



ASPECTO DE LA TUMBA



En estos tiempos de guardia civil con matíser, cuya bala atraviesa á tres individuos y pico; de ju-
rados populares que condenan «por impresión»; de suegras al relance, que enganchan un yerno al vol-
ver de una esquina; el papel de Tenorio está muy en baja.

Entra usted, por ejemplo, en una de esas casas de huéspedes, donde se está «como en familia», y se
encuentra, además del papá y de la mamá correspondientes, una señorita muy mona.

—¡Oh! ¡qué aventura!—exclama usted, sintiéndose dentro de la piel de Don Juan.—¡Qué tesoro es-
condido! ¿Cómo no ha descubierto nadie esta perla oculta en sitio tan humilde?

Y empieza usted al punto su plan de seducción.

Si es usted pobre, no hay que decir que sus tíros caen en el vacío, ó se embotan sobre una doble co-
raza de desden é indignación, á las primeras escaramuzas.

Pero, ¡ah! si es usted rico ¡con qué agrado son recibidas sus más ligeras
insinuaciones!

Recuerdo un caso, que vale por todos.

Vino de provincias un muchacho, amigo mío, con el propósito de estudiar
en Madrid la carrera de Derecho.

Sus padres, labradores adinerados, no «omitieron gasto alguno», alhaján-
do y vistiendo lujosamente al chico, y señalándole una pensión morrocotuda
para un estudiante... ¡Sesenta duros al mes!

—¡Estoy contentísimo!—me dijo, frotándose las manos Pepito, que era
como se llamaba el provinciano.—¡Qué fortuna la mía haberme alojado en
esta casa! No hay más huésped que yo. La patrona es un ángel, y su marido,
otro ángel; y su hija, otro. ¡Sobre todo, su hija!

Hice que me presentara á aquella «angelical» familia.

Y, en efecto, los papás me parecieron ángeles, pero patudos, y la señorita
un ángel también, pero de alfeñique, de esos que coronan los ramilletes de
dulce.

Pálida, delgada, romántica hasta los huesos, fingiéndose á cada paso la
melindrosa, parecía hecha exprofeso para embaucar á un muchacho tan sin
experiencia como mi amigo Pepito.

Alejandrina (tal era el nombre de la niña aflautada), tocaba su poquito
de piano, y á él se sentó, regalándonos con una regular cerradura, antoján-
dosele al estudiante que era música descendida del cielo.

¡Lo que es la inocencia!

Cuando me despedí de él le dije:

—¡Pepito, no seas bobo! Piensas que vas á hacer el cazador, y vas á ser
el cazado. ¡Mucho cuidado con estas niñas que se hacen las mosquitas
muertas!

Afortunadamente para el Tenorio provinciano, pronto «descubrió el ojo».

Hallábase una noche de verano en su cuarto, con el balcón abierto y la luz apagada, y sorprendió
á su Dulcinea hablando cautelosamente, desde su balcón con un hombre que estaba en la calle. Puso
oído Pepito, y oyó frases de amor. Miró y vió que el amante no era un apuesto doncel, sino ¡qué ho-
rror! un viejo.

¡El mismo que le había recomendado aquella casa, para «estar en familia»!

Al día siguiente hizo su equipaje, y salió pitando, pretextando un viaje repentino, renegando de su
inocentísima Alejandrina.



¡Ah! Sí. El oficio de seductor tiene hoy muchas quiebras. ¡Sin contar con las que son consecuencia del apaleamiento de un marido ofendido, ó de un padre vindicador de la honra doméstica!

Pero, está escrito que el que nace para una cosa, se muere siendo lo que ha sido, sin que le valgan los escarmientos en cabeza ajena ó en la propia.



Y esto precisamente sucede á Don Daniel, regente de una botica.

Don Daniel Almaciguilla, aunque frisa ya en los cincuenta años, es todo un *dandy*.

Siempre está perfumadísimo. Y ¡con qué perfumes! Perfumes que él inventa y confecciona, para su uso particular.

—¡Qué bien huele usted!—le dicen las muchachas, que van á la botica, chungándose de él.

Pero Don Daniel se pavonea, sin advertir la burla, y pensando á cada momento que 'hace conquistas'.

La verdad sea dicha, el buen hombre huele á persona embalsamada.

Y huele á lo que es: un cadáver.

Pues su boca carece de dientes, que él sustituye por postizos.

Su pelo, blanco por la decrepitud, negrea merced á socorridas y misteriosas pinturas. Sus ojos, entre unos párpados flácidos y sin pestañas, lagrimean sin cesar, como si lloraran perpetuamente la decadencia del cuerpo en que se engastan.

Pero, Don Daniel, sigue tan tieso y emperifollado.

¡Y qué miradas echa de carnero moribundo á las mozas guapas!

El vive creyendo que es un seductor irresistible. Pero es el caso que no se conoce ninguna víctima de sus seducciones.

Su última aventura fué sonada; especialmente para su pellejo.

Un domingo por la tarde dejó la botica, y encontrándose en la calle á una criada de servir, vecina, se emparejó con ella.

Más cuando iba en el colmo de su exaltación amorosa, sintió un garrotazo en la cabeza, que le dejó tonto del todo.

Era el novio de la fregatiz, que le volvía á la realidad, de un modo cantundente.

Los seductores ofrecen una variedad inmensa. A veces llegan hasta trocar los papeles.

Esto ocurre á Doña Eufemia, una solterona, gordísima, y con algunos bienes de fortuna, aunque sin prendas de belleza notables.

Esta «señorita», valga el vocablo, no perdona ocasión en que no muestre sus seducciones.

¡Cuántas veces piensa, á solas, viendo que el dios Himeneo jamás se acuerda de ella:

—¿Por qué no seduciré yo á nadie? ¡Ah! Los hombres del día no valen para nada. ¡Si supieran qué ganas tengo de que me seduzca alguno!

Y extiéndese su pensamiento melancólicamente por los siglos pasados, aquellos poéticos siglos, en que eran tan frecuentes los raptos y fugas amorosas.

Decididamente, los tiempos presentes son muy prosaicos.

Una vez pretendió á Doña Eufemia un aventurero.

—¡Ah!—dijo ella, llena de gozo.—Al fin voy á ser robada.

Y lo fué, pero no ella, sino sus alhajas.



JOSÉ DE SILES

(Dibujos de Karikato)



DOLOROSA

¡Pobrecito Juan Soldado!
¡Qué alegre fué á la campaña!
¡Iba á luchar con bravura,
iba á vencer ó á morir...!
No le mató el enemigo
ni el clima de tierra extraña:
¡ay! ¡le mató la amargura
de tenerse que rendir!

Dijéronle cierto día:
«la guerra se ha terminado:
«lleva tu fusil al Parque.»
Y gimiendo lo llevó.
Mantúvose silencioso,
como león encadenado...
Llegó la hora del embarque,
y gimiendo se embarcó.

Enfermo y triste, pensaba
durante la travesía:
«no más que un último anhelo
«quisiera satisfacer:
«En los brazos de mi madre
«morir con dulce agonía,
«viendo la tierra y el cielo
«que vió mi madre al nacer.»

Al acercarse á la costa,
exclamaba el desdichado:
«ya que no he muerto en la guerra,
¡Señor, dejadme llegar!»
Pero la fiebre crecía...
¡Pobrecito Juan Soldado!
Volver no pudo á su tierra:
le sirve de tumba el mar.

Y su madre ¡qué gozosa
en el puerto le aguardaba!
Fué á preguntar por el hijo
así que el barco llegó.
«¿En dónde está?» repetía,
y nadie la contestaba.
Por fin hubo quien la dijo:
«¡Atrás! ¡En el mar quedó!»

Y desde entonces la madre,
con sonrisa placentera,
del mar en la orilla aguarda,
pensando: «¡pronto vendrá!»
Como esfinge en el desierto
inmóvil espera, espera
al hijo que tanto tarda
¡y que nunca llegará!



El cariño que unía a Valentina y Carlos creció con ellos. Había tal unidad en su manera de pensar, que se adivinaba una voluntad rigiendo los actos de dos seres distintos.

Siendo muy joven Carlos mostró sus aficiones literarias. La crítica (severísima en ocasiones) estaba á cargo de Valentina, que con una autoridad de literato encanecido con la pluma, enmendaba párrafos, corregía frases y suprimía imágenes que la manga ancha del literato en ciernes, concibió exageradas. Cuando les contestaban elogiando algún trabajo, saboreaban juntos el triunfo puesto que la obra fué á medias; si les criticaban algo, los dos sufrían la decepción pues colaboraron juntos.

Transeurrieron algunos años, y la firma de Carlos, fué una de tantas en el mundo literario.

Recogiendo el fruto de la política ruñanesca de un cacique, sus padres se trocaron de amigos inseparables en enemigos acérrimos, y huelga decir que las verdaderas víctimas de uno de la mayoría fueron los dos amantes.

Su idilio fué interrumpido porque las partes beligerantes no estaban dispuestas á ceder: la lucha era cada día más encarnizada, y como es natural, los chicos perdían siempre.

Por este tiempo la empresa de un periódico propuso á Carlos marchar á Italia con la obligación de mandar frecuentes crónicas reflejando sus impresiones en el record artístico. Aceptó, y á los pocos días partía con el recuerdo de ella, en el corazón...

Cuando Valentina leía con febril ansiedad la sección del diario que se titulaba, *Aires d'l lago*, sus ojos veían á través de lágrimas y su corazón latía con fuerza como si pretendiera saltar del pecho. Entonces creía estar al lado de su amante, y veía aumentar el cariño que le profesaba á medida que pasaba el tiempo. Había en los *Aires del lago*, una dulce melancolía que hablaba al alma, que cautivaba al que leía, haciéndole vibrar las fibras del sentimiento: era fel expresión de un corazón que sufría, y esperaba...

Pasado algún tiempo advirtió que se había operado un cambio en el fondo de aquellas crónicas: las primeras fueron notas cadenciosas y tris-

tes del crepúsculo de una vida. Ahora, eran notas cadenciosas pero alegres de un amanecer, de un espíritu que empieza á vivir. Conservaban ese algo que tienen de común los dos crepúsculos, pero los tintes iban siendo muy borrosos, y pronto el día y la noche serían el símbolo verdadero de las distintas impresiones de Car-

los. Un día leyó en el diario un suelto en el que la Redacción anunciaba el próximo enlace de su compañero D. Carlos... con una bella italiana.

Casi al mismo tiempo habían visto la luz pública los dos libros. Erán los mimados por la crítica; los dos acontecimientos de actualidad literaria. *Sohando en Italia*, era el título del primer original del conocido autor Carlos... Le prodigaban los adjetivos más rimbombantes, y las frases de admiración eran ilimitadas.

El otro libro era *Espinas del alma*; el nombre del autor era ignorado en el mundo literario: la señorita Valentina... Ignoraban donde hizo sus primeras armas literarias; más no por esto regatearon los justos elogios. Aunque de naturaleza completamente distinta de *Sohando en Italia* no dejaba nada que desear en la forma, y en el fondo... parecía continuación de los primeros *Aires del lago*. Leyendo aquellas páginas, se respiraba un ambiente de melancolía y de tristeza que oprimía el alma. Algo de escepticismo no amargado por la sátira hacía patente la diferencia; si las primeras crónicas de Carlos eran fel expresión de un corazón que sufriendo, espera, *Espinas del alma* eran sollozos de un corazón que no tiene esperanza... y ama.

Por el contrario, el libro de Carlos era un himno de gloria á la vida, impresiones de una interminable luna de miel. Así se explicaba un lenguaje tan fluido, tan pintoresco; una musa juguetona y alegre tuvo que inspirar aquellas líneas.

Para todos fué un secreto que el libro de Valentina se inspiró en el dolor grande y sereno de los corazones sencillos. Envidiaban el triunfo literario porque no llegaron á saber que costó muchas lágrimas. Y aquellas frases que oprimían el alma, ignoraban que eran los últimos destellos de un espíritu que muere; triste... como los rayos postremos de un sol de invierno.

F. JIMÉNEZ ROJAS.

Con e
los señ
res el cu
album J

Esta l
tomos e
páginas
mo, y co
insignes
dernos, p
la última
y la ec
traducida
y pulcrit
el origin
Hasta
siguient

El ase
Carlos B
Magd
L. Jacol
El tes
venson.
El cri
por L. J
Orso, p
El Hijo

Para p
nistració
za de Tel

Gran
y caus
pero c
del do

TRINCO

XX
XX
XX

Sustit
les y vert

1.ª line
2.ª—Ar
3.ª—(P

1.ª—Vi
2.ª—Ca

3.ª—Ar

RESERVA

PEPITORIA

MÁXIMA CRIPTOGRÁFICA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 25.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

Gran molestia son los callos y causan males sin fin, pero ceden al remedio del doctor LADIVONSIM.

TRINOS SILÁBICOS CON ACRÓSTICOS UNIDOS, por Novejarque

XX XX XX	XX 00 00	XX 000 00	000 000 000	XX XX XXX	XX 00 00	XXX 00 00
----------------	----------------	-----------------	-------------------	-----------------	----------------	-----------------

Sustituir las equis y los ceros por letras que en direcciones horizontales y verticales se pueda leer:

EN EL PRIMER TRINO

- 1.ª línea.—Ave muy común en España y cuya carne es muy apreciada.
- 2.ª.—Antigua comarca del norte de Grecia.
- 3.ª.—(Pablo Licinio Egnacio.) Emperador romano, poeta y retórico.

EN EL SEGUNDO TRINO

- 1.ª.—Villa de la provincia de Logroño.
- 2.ª.—Capital del antiguo imperio asirio, sobre el Tigris á 72 léguas al N. O. de Babilonia (Turquía Asiática.)
- 3.ª.—Anillo en que se trae cierto instrumento.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior

Cuadro Mágico.—

T		A		L
A		T		A
	C	A	M	
		A	R	A
A	T	A	R	A
		A	Z	A
	M			
		A	R	
L		A		S

Las casas de algunos pueblos de España.—

- 1.—CASA L
- 2.—CASA I S
- 3.—CASA RES
- 4.—CASA NOVA
- 5.—CASA REJOS
- 6.—CASA TRJADA
- 7.—CASA RDONABO
- 8.—CASA RABONELA
- 9.—CASA SUELTES
- 10.—CASA NDULFE
- 11.—CASA RICHE
- 12.—CASA SOLA
- 13.—CASA SOA
- 14.—CASA YO
- 15.—CASA U

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. G. P.—Murcia.—Desconfío tanto de las Rápidas que aunque sean buenas, como tal vez sea la que me ha enviado usted, no acabo de convencerme de ello. Siempre me parecen ó bien demasiado rápidas ó todo lo contrario.

F. M. J.—Valencia.—No, señor: sus poesías no han sufrido la suerte de las fugaces, pero por más que uno no quiera, siempre hay que hacer esperar, por falta de espacio.

M. P. S.—Arenal.—Irán algunos cantares. J. A. M.—Sabadell.—Hay verdadero sentimiento en su poesía, pero, infortunadamente, casi todos los versos son largos.

Frasquito Itagueus.—Salamanca.—Amigo, á todos los besugos fuesen como usted pronto cambiaría la acepción actual de esta palabra.

P. del R.—Leganés.—Estoy seguro de que con el tiempo llegará usted á escribir poesías indudablemente mejores que las que ha enviado, aunque no pasen de medallenas.

Nantes.—Madrid.—Muy bien escrito todo; veo que sabe usted lo que se hace, y si por hoy no me comprometo á publicar su trabajo es fácil que lo haga si envía algún otro, con más argumento.

HOLANDA



INFANTERÍA: OFICIAL



NUM. 164

BARCELONA. 28 JUNIO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



El RETRATO

La tienda más elegante de la ciudad se hallaba á la sazón llena de jóvenes de la aristocracia quienes convertían diariamente aquel bazar espléndido de luz y de colores, en punto de reunión desde la vuelta del paseo hasta la hora del teatro.

Aquella noche era inusitada la animación: el espacio local rebosaba gente por todas partes; las anchas

puertas se abrían y cerraban continuamente, y unos entraban y salían otros, mientras en la calle se agrupaban los transeúntes frente á uno de los escaparates, mirando embobados un lienzo hermoso sobre toda ponderación, verdadera obra de arte que acababa de ser expuesto á la admiración pública.

La opinión manifestóse unánime desde el primer momento; todos, sin excepción se deshacían en elogios y alabanzas ante aquel lienzo donde resplandecía una figura angelical y dulce, incomparablemente bella, cuyos encantos naturales había realzado la inspiración del artista, el alma del genio.

Todas las miradas se fijaban ansiosas en aquel cuerpo exuberante de vida, muellemente reclinado sobre rojo diván de terciopelo, y mal envuelto en blanca y finísima bata de batista guarnecida de encajes.

Todos los ojos posábanse extasiados en aquella cabeza negra y lustrosa como las moras, cuyos cabellos, finos y abundantes, arrollados al estilo griego, relucían con el brillo de la seda, sirviendo de marco á un rostro expresivo y candoroso, conjunto admirable de líneas suaves y dulces.

El grupo de la calle aumentaba progresivamente; los curiosos se renovaban en silencio, dejando con pena la contemplación de aquella visión celestial, cuyos ojos, negros y brillantes, parecían mirar á todos para retenerlos y encadenarlos á su voluntad, mientras sus labios frescos y rojos, se entreabrían con sonrisa adorable.

El triunfo fué completo, decisivo: el artista vió en un instante premiados sus desvelos, sus afanes, sus luchas; y un coro de alabanzas resonó en la calle y repercutió en la tienda donde la atención general estaba fija en aquella obra digna de Murillo.

En medio de tanto elogio y de tanta alabanza, sonó un nombre conocido de todos, y de boca en boca corrió por la tienda y salió á la calle y se extendió por todas partes con la velocidad del rayo.

La observación era cierta: aquella figura no era un ensueño del artista, no era una ficción de la fantasía trasladada al lienzo por la poderosa voluntad del genio; aquel conjunto de gracia y de hermosura, vivía y palpita; era la realidad, el retrato de la baronesa del Valle.

Cundió la noticia; espacióse por todos los ámbitos de la ciudad, y ante aquel cuadro desfiló la población entera.

Durante unos días este fué al tema de las conversaciones, sobre todo en la sociedad elegante, donde la baronesa reinaba por su hermosura, por su distinción y por sus virtudes.

Dos de sus admiradores más entusiastas y decididos, propusieron adquirir á toda costa aquel retrato, y uno y otro asediaban al dueño de la tienda, preguntando el nombre y señas del autor de la obra.

—No se cansen ustedes,—deciales siempre el comerciante,—ese cuadro, no se vende.

—Mucho decir es eso;—exclamó uno de los compradores.

—Pues digo más: digo, que no se venderá.

—¿Ni aun pagándolo á peso de oro?

—Ni aun así.

—Pero quien es el autor.

—Un pobre chico, un desgraciado artista, llamado Angel Cano, quien quizá en estos instantes no tenga un pedazo de pan que llevar á la boca.

—Entonces, venderá ese cuadro.

—Eso, nunca.

—¿Porqué?

Iba el comerciante á responder á esta pregunta, cuando apareció en la puerta un joven alto y delgado, pálido el rostro y encorvado el cuerpo.

—¡Angel Cano!—murmuró el comerciante dirigiéndose á sus interlocutores.

—Para servir á ustedes;—exclamó el aludido, entrando en la tienda con un cuadrito debajo del brazo.

—¿Que le trae á usted por aquí?—preguntó el comerciante, adelantándose, mientras los dos caballeros respondían con una inclinación de cabeza al cumplido del artista.

—Dejarle este cuadrito para hacer dinero.

—¿Si quisiera usted vender ese otro...?—exclamaron á una los admiradores de la baronesa.

—¡Ese otro!...—murmuró Angel volviéndose hacia sus interlocutores: y fijando en ellos su triste mirada, continuó:

—Ese no.

—Pues se pagaría bien.

—Lo sé: muchos hay, ustedes los primeros, sin duda, que me darían cuanto yo pidiera; pero no es un puñado de oro lo que yo quiero por ese retrato.

—¿Qué pide usted, pues, por él?

—Un beso del original.

Y viendo que los dos caballeros guardaban silencio, reflejando en su rostro la mayor sorpresa, añadió:

—Sí, señores: ese cuadro representa para mí lo que ustedes no comprenden ni pueden comprender: ese cuadro es mi vida, mi orgullo, mi gloria, y en él he puesto yo mi alma entera, mi sangre toda.

—Día tras día,—siguió diciendo,—he luchado con fe, con decisión, con entusiasmo, persiguiendo á esa mujer, sorprendiendo sus sonrisas, sus miradas, sus gestos más insignificantes, y he trabajado después sin tregua ni descanso trasladando á ese pedazo de lienzo burdo la imagen de esa criatura ideal á la que di expresión y vida á costa de mi existencia.

Esto parecerá á ustedes extraño: pero es así por desgracia. Mis sufrimientos, mis desvelos, mi trabajo, puede pagarse con dinero; pero lo que yo he puesto en esta obra, lo que para mí representa y significa no se paga más que con un beso, que es el precio que mi corazón y mi alma han puesto á ese retrato. Si la baronesa del Valle quiere, ella es la única que puede comprar el cuadro.

Y dejando el otro sobre el mostrador, salió de la tienda erguido el cuerpo, alta la frente, firme y seguro el paso, dejando atónitos y confusos á los admiradores de la baronesa.

—¡Está enamorado!—murmuró el dueño de la tienda, con acento compasivo.

—Está loco;—replicó uno de los caballeros.

—Loco perdido;—agregó el otro.

Y ambos salieron del establecimiento ansioso de vengarse de aquel artista soberbio, del afortunado marido de la baronesa y de esta misma, para dar alguna satisfacción á su amor propio ofendido, á su corazón despedido.

La pretensión del artista se hizo pública, y la envidia, el rencor y el odio de las rivales de la baronesa se aprovecharon de la ocasión para morder en la honra y socabar la reputación bien sentada de aquella mujer, cuya soberana hermosura las eclipsaba y la vencia donde quiera que fuese.

Los comentarios y las habladurías, llegaron á oídos de la baronesa del Valle, cuya vanidad de mujer se vio, una vez más, satisfecha, aunque su dignidad y su orgullo padecieron cruelmente al verse blanco de suposiciones calumniosas, de sátiras mordaces é infamantes.

Desde el primer momento comprendió aquella mujer que era preciso hacer desaparecer la causa que



ales efectos producía, adquiriendo aquel cuadro, sustrayéndolo á toda mirada, para que, con el tiempo, se olvidara la gente de la obra y del atrevido y audaz artista.

No había otro camino.

Pero ¡ay! para adquirir el cuadro, que tanto la evidenciaba y la comprometía, era preciso dar el precio fijado. ¡Oh, el precio!

La lucha fué larga, desesperada, terrible.

De un lado, la satisfacción de apoderarse de aquel lienzo, sublime muestra del amor que su hermosura había encendido en el alma del artista; y de otro lado la conveniencia de hacerlo desaparecer de la vista de todos, combatieron con ventaja y vencieron los escrúpulos, dominaron la vergüenza y resolvieron el ánimo de aquella mujer que corrió á casa del pintor y salió de ella sin volver atrás la vista, rojo el rostro y bajos los ojos, pero apretando contra su agitado pecho la orden de entrega del cuadro, objeto de sus ansias y término de sus afanes.

Poco después, cuando mayor era la animación, presentóse en la tienda un lacayo de la baronesa entregando la orden al comerciante.

—Aquí tiene usted el cuadro;—dijo aquel, dándosele sonriendo maliciosamente.

—Oye;—exclamó uno de los presentes. —¿Sabes tú cuanto ha costado?

—De eso, —contestó el criado, —nada ha dicho la señora.

Y guiñando el ojo, cargó con el cuadro y salió de la tienda murmurando:

—Lo que ha costado, lo sabemos todos; todos, menos el señor barón.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

LLEGADA DEL SR. CANALEJAS Á BARCELONA

Conforme estaba anunciado el domingo, 22, por la mañana llegó á ésta el Sr. Canalejas, acompañado de varios diputados, periodistas y amigos particulares. Acudió á la estación numeroso gentío, en el que predominaba el elemento obrero, pero por deseos que hubiese de acclamationarle y de escuchar su elocuente palabra no

pudo ser. El coche, en efecto, salió disparado de la estación, precedido de municipales montados y seguido de una sección de la benemérita, á caballo, y en lugar de tomar por el Paseo de Colón y la Rambla lo hizo por el Parque y la Ronda de San Pedro.

Varios incidentes ocurridos al llegar el Sr. Canalejas á casa del Sr. Bosch y Alsina, donde se hospedaba, dieron lugar á carreras y sustos, y en vista del cariz que tomaba la cosa creyó conveniente el elocuente ex-ministro desistir de sus propósitos de celebrar un mitin y dar algunas conferencias, y en consecuencia regresó á Madrid por la tarde.



DESPEJO FRENTE Á LA ESTACIÓN DE FRANCIA

A decir verdad ya era de prever lo que iba á ocurrir, pues en Barcelona abunda en gran manera el elemento clerical, aunque no precisamente bajo este nombre, y no se le podía perdonar al Sr. Canalejas que viniese aquí á predicar en el sentido que se proponía hacer.

El clericalismo barcelonés no tiene nada que envidiar, en punto á *pantojismo* al de otras partes, y no sabe lo que son escrúpulos cuando se trata de combatir al enemigo.

Sea como fuere es probable que la viajata del Sr. Canalejas no deje huellas ni produzca resultado alguno, limitándose á una poco temible nube de verano. En nuestro país no cabe esperar nada, sino ir siguiendo hasta que Dios tenga por conveniente.

Todo lo demás son puntos suspensivos y armas al hombro. Con todo, no viene mal de vez en cuando una distracción.



LA FLOR DEL LIRIO

Eleva su corola
de mágico atractivo
entre la verde yerba
el arrogante lirio.

Su caliz perfumado
oculta del rocío
corona de diamantes
de caprichoso brillo.

Y en los cristales puros
del argentado río
refleja sus encantos
con íntimo cariño.

De mil galanas rosas
de dalias y jacintos,
las auras pasajeras
le llevan los suspiros.

Y oculto en la enramada
alegre jilguerillo
del lirio la hermosura
bendice con sus trinos.

Sus hojas son de nácar,
y su perfume rico,
y por lo sería y grave
la reina Aurora dijo:

«—Sea esta flor esbelta,
orgullo del estío,
de majestad suprema
el venturoso símbolo.»

Por eso entre las flores
el perfumado lirio
eleva su corola
bañada de rocío.

Por eso el aura errante
le brinda los suspiros
de mil galanas rosas,
de dalias y jacintos.

Como esa flor hermosa,
orgullo del estío,
tú tienes, alma mía,
brillantes atractivos.

Tú tienes una frente
y un cuello alabastrino
que vencen la blancura
del perfumado lirio.

Y guardas unos dientes
que al verlos imagino
las perlas que la aurora
derrama entre los lirios.

Por eso te idolatro
con íntimo cariño,
por eso en mis cantares
dichoso te bendigo.

ROSENDO CARRASCO JELVES



MERCADO DE ESCLAVAS, cuadro de Lezener

Ayuntamiento de Madrid



Desde su edad más temprana sintió don Esteban Urrutia y Altolaquirre invencible vocación á la *sabiduría oficial*. Así como hay jóvenes inberbes que se despepitan por ser escritores ó poetas, y andan siempre á vueltas con sus imaginaciones prosásicas ó rimadas, el joven Esteban se propuso cefir en sus sienos los laureles de Minerva y no perdía momento en desenterrar códices y revolver libros viejos.

A los veinte años ya sabía quienes eran Estrabon, Plinio, Diodoro Sicilo, Cornelio Nepote, y otros historiadores de la antigüedad.

El único defecto que tenía nuestro joven erudito, era el de ser tonto de capirote; pero ese no es in conveniente en España para adquirir fama de sabio á trueque de tener paciencia para leer y audacia par intrigar.

Sofaba nuestro sabio con ser académico de número de la Real Academia de la Historia, por que allí se da el bautismo de la *sabiduría de oficio*; y, para realizar su plan, escribió un folleto sobre la *Genealogía de los Condes de Aragón*, y al propio tiempo se dedicó á enamorar á la hija del célebre académico Don Pancracio de la Rabadilla, más fea que su padre, y destinada por lo tanto á permanecer soltera hasta la muerte.

El folleto de nuestro sabio salió de la imprenta y cayó en la Academia de la Historia como si hubiera caído en un abismo, por que no supo jamás que los señores académicos se hubieran ocupado de aquel importante trabajo; en cambio, sus pretensiones amorosas cerca de Doña Luz, que así se le llamaba la hija del académico, iban con tan tanta fortuna, que después de las persecuciones callejeras, las tercerías de la criada, las cartitas furtivas dadas, y recibidas al entrar ó salir in la Iglesia, consiguió nuestro hombre que se le abrieran las puertas de la casa y ser recibido en ella como novio oficial de la endemoniada hija del académico.

El padre de la novia, inflado sobre el pedestal de su reputación, miraba con profundo desprecio á aquel inberbe polluelo de la sabiduría, pero no desdeñaba su ofrecimiento de cargar para siempre con el descomunal engendro de su matrimonio.

Casáronse, pues, y ayudado por el suegro consiguió nuestro joven la poltrona de la Academia, por que al poder de la yernocracia no hay en España institución que se resista.

Murió al poco tiempo Don Pancracio, comentador del *Becerro Antiguo* de Simancas, y el yerno, desconsolado, publicó en los periódicos un lacrimoso panegirico, poniendo en el quinto cielo la sabiduría de su suegro; y después para recoger las migajas de aquel gran ratón de biblioteca, que sin duda falleció de puro majadero, comenzó á revolver y á examinar los papeles de su despacho, en los que había multitud de notas y gran cantidad de datos históricos.

Cual no sería el asombro y la desesperación de nuestro sabio, cuando encontró entre los documentos de su suegro el dictamen leído en la Academia sobre su folleto que trataba de la *Genealogía de los Condes de Aragón*, diciendo que eran un atajo de disparates y una urdimbre de inexactitudes, indigna de que una Corporación sería fíjase en ella su atención.

El joven sabio leía tembloroso aquellos insultos de su difunto suegro y sintió nacer en su alma el odio más implacable hacia el muerto; sin embargo, disimuló sus tristes impresiones para que no las descubriera su esposa, y no tomó otra venganza que apartar de su despacho el retrato de su suegro, que con su nariz aguiluña, su boca fruncida, y sus ojillos punzantes, parecía estar riendo de él.

En estas circunstancias Doña Luz fué madre, y por el momento se amortiguaron los ocultos odios de nuestro sabio, pero á medida que el niño iba creciendo y que su padre veía en él destacarse con cruel fidelidad los rasgos fisonómicos de su aborrecido suegro, se le avivaba el dolor de su herida y trasfería á su inocente hijo la animosidad y despego que sintiera hacia el difunto padre de su esposa.

Aquel infeliz niño, no tenía para su padre ningún encanto, y cuando ya llegó á los quince años y se acentuaron en él la nariz aguiluña, los ojos menudos y negros y la barba puntiaguda, que eran los rasgos característicos de la familia de su suegro, llegó á tal extremo su animosidad hacia el muchacho

que se negó á darle carrera apartándole siempre de su lado con el más fiero desdén, mientras le decía con desprecio: —¡Largo de aquí Don Pancracio de la Rabadilla!

La madre de Esteban, que así también el niño se llamaba, defendía á su hijo con el ardor y la pasión naturales en una madre y tan adelante llegaron las cosas y tan iracundas fueron las reyertas en el matrimonio que Don Esteban optó por separarse de su esposa y del infeliz vástago, objeto inocente de sus secretos odios por que á tales extremos pueden llegar en España el rencor, y la vanidad de los sabios oficiales.

Dedicóse durante largos años nuestro sabio á sus investigaciones históricas sin ocuparse de su familia, y al cabo de mucho tiempo cayó en sus manos un periódico que hacía desmedidos elogios sobre su folleto de *Genealogía de los Condes*, diciendo el articulista que su autor Don Esteban Urrutia era el más erudito de los eruditos y el más sabio de los sabios españoles.

Dirigióse nuestro hombre á la redacción del mencionado periódico, para dar las gracias personalmente al autor de tan ardorosas alabanzas y cual no sería su asombro cuando le presentaron á un jovenzuelo barbilampiño que era el puro retrato de su suegro.

Tenia la frente abultada, los ojillos pequeños y negros reluciendo tras gordas gafas de cristal, la nariz agulleña, la barba puntiaguda; en una palabra, era su suegro desenterrado y rejuvenecida.

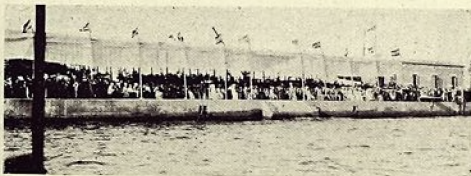
—¿Cómo se llama usted?—preguntó el sabio conmovido.

—Esteban Urrutia de la Rabadilla,—respondió el joven con la gravedad de otro aprendiz de la sabiduría.

Entonces se desarrolló entre el padre y el hijo la tan vulgar escena de reconocimientos y abrazos, manoseada mil veces en los melodramas baratos, y fué lo cierto que aliviado el amor propio de nuestro sabio con el incienso que le prodigó su hijo, vivió desde entonces feliz con su familia y hasta el rostro arrugado de Doña Luz le pareció un sol esplendoroso.

RAFAEL TORROMÉ

REGATAS



LAS TRIBUNAS

En la primera parte, canoas á seis remos, tripuladas por niños del Asilo Naval; inscritas *Atlántida* y *Gravina*. Ganó *Atlántida*, tiempo seis minutos treinta y tres segundos.

Segunda regata: Canoas á seis remos, tripuladas por marinos de guerra.

Ganó el bote del acorazado *Pelayo*, patrón Aguirre; tiempo seis minutos veintitres segundos.

Tercera regata: Buques de catorce remos de los buques de guerra anclados en nuestro puerto. Concurrieron tres botes, dos del acorazado *Pelayo* y uno del crucero *Rio de la Plata*.

Llegó primero uno del *Pelayo* y segundo el del *Rio de la Plata*.

La cuarta regata fué la de Campeonato de España. 2 000 metros, tres viradas, inscriptos *Lucentum*, de Alicante, y *Barcelona* y *Catalunya*, de esta capital. Dada la señal de partida arrancaron con brío las tres tripulaciones, aunque con más alma *Lucentum*, que logró virar primero con un largo escaso de ventaja. Esta tripulación, á pesar de su poco estilo en el remar, demostró una gran

Las celebradas el pasado domingo, el día 29, fueron la primera manifestación vital del «R. Club de Barcelona» después de la fusión de las dos sociedades «R. C. de Regatas» y «R. Yacht Club», y por su éxito se puede decir con pleno convencimiento que la nueva sociedad nace con las fuerzas de un gigante.

Las distintas regatas fueron.



COPA DE S. M. EL REY GANADA POR LA TRIPULACIÓN ALICANTINA

resistencia, virando siempre con algunos metros de ventaja y acentuando al arribar su avance con una pica boga, llegaron primero en nueve minutos veinte segundos. Los del yole *Barcelona* llegaron segundos después,

habiendo remado con igualdad y buen estilo, pero sin ninguna energía. Del yole *Catalunya* se esperaba poco, por ser su construcción anticuada y algo deficiente.

La tripulación vencedera *Lucen-tan* del «R. Club de Regatas» de Alicante la componían los señores Tato, Porcel, Pinedo y Giran timonel Antón. Dicha tripulación queda en posesión del título de Campeón de España para el ejercicio de 1902 á 1903, por lo cual unimos nuestro aplauso á los tributados ayer á los simpáticos remeros de Alicante.



CAMPEONATO DE ESPAÑA, COPA DE S. M. EL REY Y TÍTULO DE CAMPEON TRIPULACIÓN ALICANTINA, VENCEDORA

Se corrió luego una regata match entre las canoas del «Club de Barcelona», *Atlántida* y *Charyuca*, cuya regata fué declarada nula.

Las de yole de mar eran á cuatro bayonas, timonel, juniors y seniors, 2,000 metros y tres viradas.

Primer premio: Objeto de arte ofrecido por SS. AA. RR. los príncipes de Asturias y Excm. Diputación provincial.



SEGUNDO PREMIO DEL CAMPEONATO DE ESPAÑA

Lo ganó *Fleurlette*, del C. N. de Nice.

Segundo objeto de arte ofrecido por su Alteza la infanta Isabel.

Lo obtuvo *Barcelona*, del R. C. de Barcelona.

Tercer objeto de arte ofrecido por el Ayuntamiento.

Lo ganó la embarcación *Llobregat*, del R. C. de Barcelona.

Cuarto, correspondió á *Catalunya*, del R. C. de Barcelona.

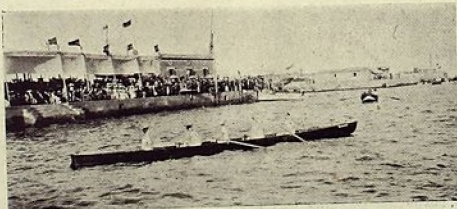


CANOA DEL «PELAYO» VENCEDORA

Y el quinto, á *Emulation Nautique*, de Tolosa.

Internacional: yole de mar, debutantes á cuatro remeros, punta y timonel, de 2,000 metros tres viradas; ganó el premio del señor capitán general, *Barcelona*, del R. C. de Barcelona y el concedido por el señor gobernador civil de la provincia lo obtuvo *Catalunya*, del R. C. de Barcelona.

La fiesta resultó perfectamente organizada y bien dispuesta.



GRAN INTERNACIONAL DE YOLE DE MAR, TRIPULACIÓN «FLEURETTE» DEL C. N. DE NICE, VENCEDORA

AUSTRIA HUNGRIA



ARTILLERIA DE FORTALEZA: SOLDADO